

2320
LEOPOLDO G. BLAT y VICENTE OLIVER

CHANCLETA

ASTRACANADA EN UN ACTO

ORIGINAL Y EN PROSA



Copyright, by L. G. Blat y V. Oliver, 1920

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1920

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

CHANCLETA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

CHANCLETA

ASTRACANADA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

LEOPOLDO G. BLAT y VICENTE OLIVER

Estrenada con gran éxito en el TEATRO CIRCO BARCELONÉS
la noche del 22 de febrero de 1916



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 15, dup.

TELÉFONO, M 551

1920

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

1911

RECEIVED FROM THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

1911

1911

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

1911

A D. Cristóbal Alzamora

y D. Victor Ferreiro

Yo bien quisiera dedicarles una obra digna de ustedes, algo que guardara relación con su talento y que de paso compensara los favores que de ustedes tengo recibidos, pero mi pobre inspiración no produce más y, como dice el refrán, no se le pueden pedir peras al olmo; así, pues, admitan esta dedicatoria como prueba de gratitud, que si bien es pobre en la parte artística, por lo que respecta a la buena voluntad y agradecimiento no tiene límites.

El más modesto de sus servidores,

Leopoldo G. Blat.

Barcelona 5 de Julio de 1920.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

FIFINA.....	SETA. FERRANDIZ.
CHANCLETA (1).....	SR. BEUT (José).
CORONEL	BELENGUER.
GENERAL MORIONES.....	PICHER.
EDUARDO.....	COMPANY.
SARGENTO RENOVALES.....	AUBELIO.
CHINARRO... ..	LEANDRO.
UN SOLDADO.....	SIMÓ.

EPOCA ACTUAL

Derecha e izquierda, las del actor

(1) Este personaje hablará con marcadísimo acento andaluz.



ACTO UNICO

Patio de un cuartel de caballería. Tapia al foro; en el centro de éste un abrevadero. Segundo termino izquierda, portalada con un letrero que diga 'Cuadras'. A la derecha, primer término, pabellón con escalinata. Segundo término derecha, puerta que se supone da a la calle.

ESCENA PRIMERA

CHINARRO limpiando una guarnición sobre un caballete. A poco
SARGENIO y CHANCLETA.

Chin.

(Cantando.)

Mariquilla fué a Sevilla
y según creo,
en Sevilla se ha quedao
como un fideo;
¿qué será, que no será?
el caso es desesperao,
será que los sevillanos
no le han gustao.

(Sale por la cuadra el Sargento llevando a Chancleta cogido por una oreja.)

Sarg.

¡Venga usted acá, so marrano!

Chan.

¡Por Dios, Sargento, que me desfigura lo más bonito de mi persona!

Sarg.

(Sin soltarle.) Hasta que no te las arranque no estaré satisfecho. A ver, Chinarro, trae un cubo de agua del pilón.

Chan.

(Gimoteando.) ¡Pero si me he lavado, señor Sargento...

Sarg.

Hará mucho tiempo.

- Chan.** Unas dos semanas.
Chin. (Con el cubo lleno de agua.) ¡Aquí está el cubo, señor Sargento!
- Sarg.** Déjalo aquí, delante de éste. (A Chinarro.) Retírate. (Chinarro mutis por la cuadra.)
- Chan.** Este bruto quié que me ahogue.
Sarg. A lavarse en seguida.
Chan. Espere un momento, señor Sargento, que voy a la cocina por un poco de agua caliente.
- Sarg.** (Deteniéndole.) ¡Agua caliente!... A lavarse en seguida si no quieres ir al calabozo.
- Chan.** Mi Sargento, es que tengo mucho miedo a que me salgan sabañones en las orejas, y como es lo más precioso que tengo en mi persona quieo conservarlo.
- Sarg.** ¡Vaya, basta de contemplaciones! (El Sargento se arremanga dispuesto a darle un chapuzón, lo cual visto por Chancleta éste se apresura a quitarle la acción.)
- Chan.** No, no, señor Sargento... (Aparte.) Permita Dios que te ahogues comiendo fideos, ladrón. (Se dispone a lavarse y se queda mirando dentro del cubo.)
- Sarg.** ¿Qué miras?
Chan. Un poco de paja que hay en el agua... voy a mudarla. (Coge el cubo y el Sargento le coge y le lava dando Chancleta grandes voces.)
- Sarg.** Se acabó.
Chan. ¡Ay, ay, ay, ay..., que me ahoga... socorro... SOCORRO... (Logra desasirse del Sargento y dando voces empezará a dar vueltas a la escena.)

ESCENA II

DICHOS y EDUARDO por el pabellón.

- Edu.** ¿Qué ocurre? ¿Quién da esas voces?
Sarg. El soldado Chancleta, que hace dos semanas que no se ha lavado y en vista de la aprensión que tiene al agua he decidido lavarle yo mismo.
- Chan.** Diga usted que es mentira; es que el Sargento me tié rabia porque tengo las orejas más bonitas que las tuyas y quié desfigurármelas, eso es.
- Sarg.** Mi teniente, comprenda que es un bruto...

- Chan.** Más que tú.
Edu. Qué falta de respeto es esa; al Sargento se le habla de usted.
Chan. ¿Y por-qué me habla él a mi de tú, vamos a ver? En el ejército u somos toos iguales u no lo somos.
Edu. En eso tiene razón, Sargento; para ser respetado hay que empezar por respetar, pues aunque sean soldados y usted clase les tiene que tratar como merecen; al fin y al cabo son hombres como usted y como yo.
Chan. Como él no, cómo tú sí.
Edu. ¡Cállese! ¡Retírese usted! (Al Sargento.)
Chan. ¿Yo me puedo retirar, mi teniente?
Edu. Sí.
Chan. ¡A la orden! (Mutis el Sargento y Chancleta por la cuadra.)

ESCENA III

EDUARDO a poco FIFINA y luego un SOLDADO.

- Edu.** (Mirando el reloj.) ¡Las diez! ¡Hasta la una treinta y cinco que llega el tren tengo tiempo de hablar con Fifina. Qué feliz se considera uno cuando ve acercarse por momentos la hora de conseguir lo que tanto ansía. Únicamente temo al carácter del Coronel, pues si luego de casado le da por tratarme como a sus hijos, me voy a tener que hacer la cuenta que he entrado en un convento; pero si así fuera, con pedirle a papá el pase a otro regimiento asunto concluído; por ahora, lo importante es que venga mi padre.
Sold. ¡Mi teniente!
Edu. ¿Qué hay?
Sold. Este telegrama que acaban de traer para usted. (Lo entrega y hace mutis.)
Edu. Es de mi padre. (Leyendo.) «Imposible ir, como anuncié; reuma retiéneme en cama; da mis excusas al Coronel. Papá.» ¡Dios mío de mi alma, qué conflicto se me avecina, mi padre me ha partido por la mitad! ¿Cómo le digo yo al Coronel que mi padre tampoco puede venir hoy, si es la tercera vez que aplaza el viaje y va a creer que es una burla mía? Únicamente lo siento por Fifina a

la que estoy deseando llamar esposa; todo se pone en contra mía; hace cuatro meses que todo me sale al revés. Si yo pudiera encontrar un medio.

Fif. (Por el pabellón.) ¡Eduardo!...

Edu. ¡Fifina!

Fif. ¿Qué te pasa que estás tan pensativo?

Edu. Fifinita mía, estoy loco, y si esto continúa por más tiempo me veré precisado a levantarme la tapa de los sesos.

Fif. Pero, ¿qué pasa, Eduardo?

Edu. Pues que mi padre tampoco puede venir a pedir tu mano, y si por tercera vez se lo digo al Coronel va a creer que es una burla mía, y temo piense que no te quiero.

Fif. Pero, ¿qué causa alega para no venir?

Edu. El reuma, que dice le tiene en cama.

Fif. Maldito reuma; podía haber esperado un poco, que más le daba a él presentarse unos días antes o después.

Edu. Hija mía, es que hay enfermedades que créeme son muy inoportunas.

Fif. ¿Y qué hacemos? Mi papá que ya lo tenía todo dispuesto. Incluso ha avisado al teniente de guardia para que ponga dos soldados en las esquinas, y así que le vean aparecer que toquen generala.

Edu. ¡Ay, Dios mío! De esta muero; avísale tú, Fifinita, dile a tú papá que le es imposible venir, que ha recaído en su enfermedad, lo que quieras...

Fif. ¿Yo? Creería que soy cómplice y me encerraría en un convento. Pero, Eduardo, piensa, discurre un medio, para estos casos son los hombres.

Edu. A mi solamente se me ocurre pensar en la paliza que me largaría tu padre si descubriera una burla.

Fif. (Como recordando.) Espera...

Edu. ¿Se te ha ocurrido algo?

Fif. Si.

Edu. ¿Qué es, veamos?

Fif. El domingo pasado fuimos las hijas del capitán Bermúdez y yo al teatro, como tú sabes; pusieron en escena el sainete titulado *Enredos de cuartel*; tú que también viste la obra, ¿por qué no aprovechas el argumento?

- Edu.** Y si tu papá se entera...
- Fif.** Mi papá sabes que nunca va al teatro, por lo tanto, ignora el argumento ese.
- Edu.** Todo eso está muy bien, pero ¿de quién me aprovecho yo para que desempeñe el papel de General?
- Fif.** Tú tendrás algún amigo o conocido que, mediante algunas monedas, se comprometa a ser, no digo General, sino hasta obispo.
- Edu.** ¡Calla, aquí mismo en el cuartel hay un soldado muy bruto llamado Chancleta, que adiestrándole un poco nos podía servir para el asunto!
- Fif.** Pues, manos a la obra.
- Edu.** Gracias, Fifinita; has tenido el gran pensamiento; tú debías ser ministro o general.
- Fif.** Pues si yo fuera general, ¿qué plaza le reservarías a tu padre?
- Edu.** La de ranchero; pero lo que me está haciendo sufrir me lo paga. Espera, y llamaré a ese bruto. (Acercándose a la puerta de la cuadra.) ¡Chancleta! .. ¡Chancleta!...

ESCENA IV

FIFINA, EDUARDO y CHANCLETA: éste por la puerta de la cuadra y con una sartén en la mano.

- Chan.** ¡A la orden!
- Edu.** ¿Qué es eso?
- Chan.** Que le acabo de hacer una tortilla al Sargento.
- Edu.** Tira esa sartén. (La tira.) Acércate más. Así. Oyeme. ¿Tú serías capaz de ser mi padre por unas horas?
- Chan.** (Riendo.) Y su hijo también.
- Edu.** No; se trata solamente de que substituyas a mi padre.
- Chan.** (Aparte.) Será hijo sin padre y querrá que lo sea yo.
- Edu.** Mira, Fifinita; si este bruto está conforme yo marcharé a traerle el uniforme y todo lo necesario para que se caracterice lo más parecido a mi padre y mientras tú le dices lo que ha de hacer. (A Chancleta.) ¿Estás conforme con lo que te he dicho?

- Chan. ¿Con ser su padre? Ya lo creo; así como así yo me pirro por las criaturas sobre tóo si no son muy traviesos, y usted tiene cara de ser mazapán puro.
- Edu. Hasta luego, Fifina. (A Chancleta, dándole golpecitos en la cara.) ¡Adiós, papá!
- Chan. ¡Adiós, hijo míol y cuidado con lo que se bebe, ¿eh? (Mutis Eduardo por la puerta de la calle.)
- Fif. Acércate y entérate bien de lo que te voy a decir.
- Chan. Hable usted, que la escucho más quieto que Don Tancredo.
- Fif. Yo soy hija del Coronel...
- Chan. Lástima que no sea usted hija mía también.
- Fif. ¡A callar! Yo soy hija del Coronel y el teniente Moriones es mi novio.
- Chan. Camará, sí que tiene mi hijo buen gusto; se parece a su padre.
- Fif. O callas, o me voy.
- Chan. Me callo.
- Fif. El teniente es mi novio y hoy tenía que venir su papá a pedir mi mano.
- Chan. Pero, ¿no hemos quedao que yo soy el padre del teniente?
- Fif. Déjame explicar. El padre del teniente es el general Moriones, el cual escribió diciendo que esta mañana llegaría aquí para pedir oficialmente mi mano, pero en lugar de venir él ha llegado un telegrama diciendo que a causa del reuma tiene que retrasar el viaje.
- Chan. Miste qué gracioso es el reuma, hombre; le digo a usted que no se puede uno fiar de los amigos.
- Fif. Y como es la tercera vez que lo aplaza, para que no crea mi padre que es una burla hemos pensado que pases tú por padre del teniente, ¿qué te parece?
- Chan. Para ustedes, muy bien, pero lo que es para mí muy mal, porque como el coronel se entere, con el carácter que tiene... bueno; yo no le quiero faltar a su papá, pero con el genio que tiene, como se enterara que era una broma me mandaba fusilar, y francamente, que le tapen a uno los ojos para que no vea lo que van ha hacer... que no, vaya.
- Fif. No, tonto; si a ti no te ha de ocurrir nada

malo, porque suponte que mi padre se en-
ra, como ya estaremos casados, se lo dice
el teniente a su papá que tiene más grados
que el mío y te perdona.

Chan. ¿Y si el que me perdona es su papá de usted y no el general? Como tiene más grados pues me fusila.

Fif. No hay cuidado; tú préstanos este importante servicio y te prometo que dentro de un año serás sargento.

Chan. (Con inmensa alegría.) No me diga usted más. Acepto. Estoy deseando ser sargento pa darle dos patás a ese bruto de sargento Renovales que la ha tomao conmigo y quié que me güerva rana.

Fif. Dentro de un momento vendrá el teniente y traerá un traje de general para que te lo pongas.

Chan. ¿Me da usted perminiso para asín que tenga puesto el traje de general arreste al sargento quince días?

Fif. Tienes el permiso concedido.

Chan. Gracias; la primera bofetá no se la quita ni el verbo.

Fif. Pero, hombre, ¿tanta rabia le tienes?

Chan. Como que no lo pueo ver por presumío; se ha empeñado en que tiene las orejas más bonitas que las mías cuando... fíjese usted, ni un escurtó las jase mejó, mírelas usted bien, y dígame ei tengo o no tengo rasón; pues ná, él emperrao en que tengo orejas de burro; pero asín que me nombren sargento, que me maten si no hago que me bese estas orejitas tan monas; precisamente es en lo que puso más cuidado mi mare, en las orejas, asín han salío ellas que paresen un dibujo; probèsitas mías. (Dándose besos en las puntas de los dedos y pasándolos luego a las orejas.) Como me lleguen a salir sabañones por su curpa tié firmá su sentensia: lo mato.

Fif. Quedamos en que te acordarás de todo lo que te he dicho, ¿eh?

Chan. Lo tengo aquí grabao, más grabao que la pinta del sargento que paese que sea mi mujer: hasta me acuesto con él.

Fif. ¿Con el sargento?

Chan. Con su pinta; hasta cuando voy a... eso... bueno, a eso que hacemos todos y que na-

die pué haser por uno, pues hasta allí cierro la puerta, porque tengo miedo encontrármelo...

- Fif. ¿Allí?
Chan. ¡Allí!, no le conoce usted.
Fif. Que exagerado eres.
Chan. No exagero, no, señora.

ESCENA V

DICHOS y teniente con un llo debajo del brazo.

- Edu. ¡Ya estoy aquí!
Fif. ¡Eduardo!
Chan. ¡El teniente!
Edu. ¿Está al corriente?
Fif. De todo.
Chan. No diga usted mentiras. Al corriente estaré cuando tóo se haya acabao y yo me convenza que no peligra mi calabasa.
Edu. Bueno; pues ahora vamos aquí dentro, a la portería del pabellón, que aquí traigo el traje, crepé para el bigote y perilla, y un retrato de mi padre para que lo caractericemos lo más parecido posible.
Fif. Vamos, y mientras se viste le explicaremos algunos pequeños detalles.
Edu. ¡Ah! ¡Acuérdate que mi padre padece de reumal!
Chan. ¿Y eso qué es?
Edu. Dolor en las piernas.
Chan. Como toquen a correr ya verá usted el dolor cómo desaparece de repente.
Edu. ¡Pasal!
Chan. Los mayores delante.
Edu. Toma el traje. (Entregándole el llo.)
Chan. ¿Qué es eso? ¡Vaya un ejemplo que le daría yo a mi hijo si me viera con líos!
Edu. ¡Pasal!
Chan. ¡Ustedes delante!
Edu. ¡Pasa!
Chan. ¡Que no!
Edu. ¡Pasa!
Fif. Llamaré al sargento.
Chan. ¡No, no, entrol! (Corriendo hace mutis y detrás: Fífra y Eduardo. Todos por el pabellón)

ESCENA VI

El SARGENTO sale por la cuadra, a poco EDUARDO. El SARGENTO mirando a todas partes.

Sarg. ¿Pero dónde se habrá metido ese bruto? En cuanto le eche la vista encima le voy a dejar como nuevo. ¡Pues no me ha frito una tortilla con bencinal! ¡Ah! Pero el árnica que va a necesitar para curarse le va a costar dos mil reales. ¿Para qué servirán al rey estos brutos? ¿Dónde estará? En la cuadra, que es el único sitio en que le podía encontrar, no está; en la cantina tampoco...

Edu. (Por el pabellón.) ¡Sargentol

Sarg. ¡Mi teniente! ¡A la orden!

Edu. Dentro de un momento llegará al cuartel mi papá; vendrá vistiendo el traje de general: tenga el personal bien dispuesto por si acaso.

Sarg. Esta bien, mi teniente, pero...

Edu. Pero ¿qué?

Sarg. Que me falta un individuo a quien ando buscando inútilmente hace una hora.

Edu. ¿Quién es ese individuo?

Sarg. Serafín Chancleta.

Edu. A ese le he mandado yo a un encargo.

Sarg. Está bien.

Edu. Tenga un par de caballos de los mejores preparados.

Sarg. Esque el individuo que falta quisiera que los limpiara por ser del único de quien me fio.

Edu. Pues a falta de ese individuo que los limpie otro.

Sarg. ¡Mala puñalá te den! ¡Que todo le salga bien a ese bestia!

Edu. Retírese usted.

Sarg. ¡A la orden! (Mutis por la cuadra.)

ESCENA VII

EDUARDO, CORONEL por la puerta de la calle y como si hablara con alguien. Se oyen tres toques.

Cor. Que no falte usted a la una.

Edu. ¡El coronel!

Cor. ¡Hola, teniente! ¿Qué se hace por aquí?

- Edu.** Salgo de la cuadra de mandar preparar dos caballos.
- Cor.** ¡Ah, sí; para el general! Estoy deseando conocerle; parece mentira que llevando treinta años en el ejército no le conozca más que por el nombre.
- Edu.** No tiene nada de particular; como él es tan poco amigo de exhibiciones.
- Cor.** Su papá es gallego, ¿verdad?
- Edu.** Sí, señor; de Coruña y siente verdadera pasión por la tierruca, como él dice.
- Cor.** ¡Buen país! Pues nada, nada; ya he dado orden al oficial de guardia para que ponga en la esquina dos soldados, y así que lo vean aparecer que toquen generala.
- Edu.** (Aparte.) ¡Ay, Dios mío! Mi coronel, yo agradecería, y mi padre creo que también, que prescindieramos de esa atención; su visita es particular y como a un particular querrá que se le reciba; conozco su modestia.
- Cor.** Y yo conozco mi obligación. ¿Cómo voy a recibir al general, como si fuera un don nadie? Usted seguramente está loco; al general se le toca generala, y no hago que toque la banda de música porque en el regimiento no la hay, que si no... ¡Vaya si se la tocaba!
- Edu.** ¡Ay, yo me muero! (Aparte.)
- Cor.** ¡Qué pensaría de mí!
- Edu.** Perdóneme, mi coronel, pero yo lo hacía ateniéndome a las indicaciones hechas por mi padre en su carta.
- Cor.** ¿Ha tenido usted noticias?
- Edu.** Sí, señor, ayer; y una de sus advertencias es esa.
- Cor.** Nada, nada; generala y generala.
- Edu.** Sí, por aquello de que al que no quiere caldo tres tazas.
- Cor.** Usted lo que debía hacer es marcharse a la estación y un ordenanza que le lleve los caballos; yo no voy porque así me lo suplicaba en su carta, que si no... vaya si iba yo a recibirle.
- Edu.** Son las diez y media y hasta la una treinta y cinco no llega el tren.
- Cor.** Es verdad, es muy temprano. Francamente, estoy deseando conocerle. Deme usted algún detalle para poder orientarme.

- Edu.** Su acento es gallego puro, no lo puede negar; su carácter, seco, poco amigo de bromas, de muy pocas, pero expresivas palabras; en fin, que no le gusta malgastar el tiempo, y lo que se ha de decir en una hora decirlo en diez minutos, si es posible.
- Cor.** ¿Es general ese carácter o sólo desde que está enfermo?
- Edu.** General, pero más acentuado desde que padece el maldito reuma. Lo que también le molesta soberanamente es el tratamiento; solamente con llamarle general se da por satisfecho.
- Cor.** Celebro saber estos detalles para ir sobre seguro; de otro modo quizá hubiese metido la pata.
- Edu.** (Aparte.) ¡Qué suegro más bruto he escogido!
- Cor.** ¡Bravo! Adiós, futuro yerno.
- Edu.** Adiós, mi coronel.
- Cor.** Voy a buscar a mi hija para dar un paseo hasta la hora de la llegada del tren. (El coronel va a dirigirse al pabellón, lo cual visto por el teniente aprestárase éste a decir la siguiente frase):
- Edu.** Hace un momento la vi salir con la doncella y dirigirse hacia el paseo.
- Cor.** Voy en su busca. (Mutis por donde salió.)
- Edu.** Adiós.

ESCENA VIII

EDUARDO, FIFINA y CHANCLETA vestido de general; uniforme sin distintivo ninguno, únicamente fajín y bastón.

- Edu.** (Acercándose al pabellón.) ¡Fifina!... ¡Fifina!...
- Fif.** ¡Ay, Eduardo, qué miedo he pasado; ¿creí que mi padre iba a entrar en el pabellón!
- Edu.** Efectivamente, iba a entrar, pero gracias a mi serenidad, hemos evitado una catástrofe. Y ese bruto, ¿está ya?
- Chan.** (Desde el pabellón.) Aquí está ese bruto, tu padre.
- Edu.** ¡Bravo! ¡Muy bien caracterizado! Deja que te felicite, Fifina, por tu acierto; es todo el retrato de mi padre. Oye, Chancleta, lo primero que has de hacer es acordarte de que mi padre es gallego.

- Chan. ¿Gallego de dónde?
Edu. De Galicia; vaya una pregunta.
Chan. Bueno.
Edu. Y que padece reuma; de modo que de vez en cuando acuérdate de quejarte y maldecir del reuma. ¿Estamos?
- Chan. Pierda usted cuidado, que si se me olvida ya me lo recordará de una patá.
- Fif. Y procura decir que yo soy muy guapa, que estás contentísimo que tu hijo se haya enamorado de tan simpática muchacha...
- Chan. Mucho encargo es eso; sería mejor que me lo dieran ustedes escrito en un papel, porque si no me haré un tarugo, y así, cuando el coronel venga yo se lo entrego y él lo lee y tóo arreglao.
- Edu. Estoy temiendo que este bárbaro nos lo eche todo a perder.
- Fif. Cuando esté delante mi padre procura tú (A Eduardo) ponerte a un lado y yo a otro, así le podremos decir lo que ha de hacer.
- Edu. En cuanto veas al coronel, procura decirle que estás contentísimo de sus servicios y que procurarás que le asciendan poniendo de su parte todas tus influencias.
- Fif. Y que quieres que nos casemos en seguida. (Durante este diálogo Chancleta escucha como atontado.)
- Edu. ¿Te has enterado?
Chan. Ni de una palabra.
Fif. Mira, Eduardo, lo mejor es arrostrar el peligro y salga como salga; después de todo en cuanto yo suelte dos lágrimas mi papá lo perdona todo.
- Voz. (Dentro.) ¡Cabo de guardia! ¡El Coronel! (se oyen tres toques.)
- Todos ¡Ay!!
Fif. (A Chancleta.) ¡Ten cuidado!
Edu. Mucho ojo.
Chan. Creo que me entra reuma de verdad; ¡San Belmonte, te ofrezco dos medias libras de cera si salgo con cabeza de este jaleo, y no te quejes, que habrá santo que ni medias tendrá! (Coge el cubo que habrá sobre el pilón y bebe.)

ESCENA IX

DICHOS y CORONEL por la puerta de la calle. A poco SARGENTO

Cor. ¿Cómo? El general aquí y yo sin saber una palabra... (Le ofrece la mano.) Mi querido general...

Chan. ¡Pero qué falta de respeto es esa!..., ¿en qué cuadra o pesebre hemos comido juntos? ¡Estúpido!

Edu. (Pellizcando a Chancleta.) ¡Pero, papá!

Chan. ¡Ay!

Edu. Considera que el Coronel no tiene culpa de tu enfermedad.

Chan. Yo no estoy enfermo.

Edu. (Pellizcándole.) Pues, ¿y el reuma?

Chan. ¡Ay! Me lo he dejado en casa.

Cor. ¿Cómo?

Edu. Que lo siente más agudo que en casa.

Fif. (Aparte al Coronel.) Sí, papá; precisamente ahora, hace un momento, antes de tu llegada lo estaba diciendo, y además repetía: ¡Qué ganas tengo de conocer al Coronel!, debe ser muy simpático a juzgar por las ausencias que de él me han hecho sus compañeros.

Cor. ¿Y hace mucho que padecéis el reuma?

Chan. De ahora mismo.

Cor. ¿De ahora mismo?

Chan. Sí, hombre, sí; de ahora mismo que he llegado, que lo siento más agudo, y como siga así lo sufriré toa la vida.

Cor. Este país es muy húmedo y no creo conveniga a vuestra salud; sin embargo, aquellas montañas de Galicia... ¿De qué población gallega sois, mi general?

Chan. De Sevilla.

Cor. Pero, si Sevilla es Andalucía.

Edu. (A Chancleta al oído.) De Coruña.

Chan. ¿Eh? (Aparte.)

Edu. De Coruña. (Aparte.)

Chan. (Gritando.) De Coruña.

Cor. Ah. Ya me parecía que os habíais equivocado, porque hace poco me indicó el teniente que teníais marcadísimo acento gallego.

Chan. Y lo tenía; pero antes de nacer me llevaron a Sevilla, que está ahí al lao de Triana, se-

gún se va a la derecha, frentito a la torre del Oro, pues lo perdí en el camino; lo que tiene que cuando me llevaron a mi a Sevilla mi hijo era muy chico y no se acuerda. ¿Verdad que no te acuerdas, hijo mío? Además veo que estáis muy atrasaos de geometría, y os tendré yo que enseñar. ¡Burroz!

- Edu.** (A parte.) Yo sudo betún.
- Chan.** Guárdalo pá las botas.
- Cor.** (A su hija.) Oye, hija mía; ¿no notas algo extraño en este general?
- Fif.** No, papá; yo lo atribuyo a la enfermedad.
- Cor.** Pero, hija, la enfermedad no creo... en fin, veremos.
- Chan.** (Durante este aparte ha estado hablando con el teniente.) Bueno, vamos al grano; supongo que ya sabrá usted el motivo de mi viaje.
- Cor.** Algo me indicó el teniente.
- Chan.** Pues aquí se trata de que estos dos se quieren; yo por mi parte no tengo inconveniente en que matrimonien; ahora lo único que falta es que tú, digo usted consienta.
- Cor.** Por mi parte, mi general, me juzgo muy honrado entregando mi hija al noble hijo del general Moriones.
- Chan.** ¡Chancleta!... ¡Chancleta!... No me adulteren el apellido.
- Cor.** Yo creí que Moriones era el apellido; Perdón. (A parte.) ¡Chancleta!... ¡Chancleta!... Me suena ese apellido.
- Chan.** Ahora que recuerdo, Coronel, ¿hay en este regimiento un sargento que se llama Bruno Renovales?
- Cor.** Yo creo que sí... Teniente, averígüelo.
- Chan.** Aspérate, hijo mío. (Se acerca a la puerta de la cuadra y gritando dice.) ¡A ver un sordao!
- Cor.** ¡Qué ordinario es este hombre!
- Sold.** (Saltando.) ¡A la orden!
- Chan.** Qué soldaos más feos hay en este Regimiento, Coronel, no se parecen al mío. (Al soldado.) Muchacho, búscame al sargento Renovales, y me lo traes de una oreja.
- Sold.** (Dirigiéndose a la cuadra) Aquí llega. (Mutis.)
- Chan.** La patá va a ser de órdago a la grande. (Sale el Sargento)
- Cor.** ¡Sargentol
- Sarg.** ¡A la orden!
- Cor.** El general desea veros.

- Chan.** ¡Dos pasos al frente! (El Sargento obedece.) Qué cara de vinagre que tiene. ¿De dónde viene usted?
- Sarg.** De buscar al individuo Chancl... (Chancleta adivinando que va a decir su nombre le tapa la boca)
- Chan.** A mí no me conteste usté. (Furioso.) ¡A ver! (Mirándole las orejas.) Estas orejas están sucias... a lavarse.
- Todos** Pero...
- Chan.** A callar. Váyase a la cuadra y lávese inmediatamente; a obedecer. (Mutis Sargento.) Ya me he vengao. (Aparte.)
- Cor.** Mi general; desearía saber el motivo de tal repulsa al Sargento.
- Chan.** El motivo es porque he recibido muchas quejas de los soldados, y en ellas me dicen que se mofa de usted el sargentito, y estoy dispuesto a fusilar al que se burle del suegro de mi hijo.
- Cor.** (A su hija.) Parece más simpático, ¿verdad? (Saca un puro que le ofrece a Chancleta.) ¿Fuma el general?
- Chan.** Ya lo creo. (Cogiendo el puro que le ofrece el Coronel.) Con lo que vale este cigarro tengo para fumar un mes.
- Cor.** ¿Pues qué tabaco fuma el general?
- Chan.** Que obzcuros son esta gente; un general ha de fumar... generales.
- Cor.** No conozco ese tabaco.
- Chan.** Claro, como que ese tabaco está reservao pá las personas de gusto como yo.
- Cor.** ¿Pero es tabaco picado o puro?
- Chan.** Picao y amarrao por la sintura; el que fuma un paquete al día está libre del cólera, tifus y demás tonterías de esas.
- Cor.** Mi general; si os parece, subiremos a la habitación que os tenemos preparada, pues supongo estareis rendido después de tan largo viaje.
- Chan.** No, no estoy cansado.
- Cor.** ¿Y cómo llegando el tren a la una treinta y cinco y siendo ahora las doce habéis llegado antes que el tren?
- Chan.** Porque he venío a pié.
- Cor** ¿A pié?
- Edu.** Sí, mi Coronel; es que llegó anoche al pueblo inmediato y el maldito reuma le hizo buscar alivio en la cama, y debido a su ca-

rácter, no ha podido resistir la espera y vino en-automóvil.

Chan. Eso es; pero en mitá de la carretera me fijé que las viñas estaban llenas de su fruto y los perales lo mismo, y he venio picando en esta viña, picando en aquel peral... y es que a mí me gusta mucho robar uva.

Cor. (A su hija.) Hija mía, qué gustos más raros tiene tu futuro suegro.

Chan. Y gracias que iba vestido así, si no me matan.

Cor. ¿Vamos?

Chan. Suban ustedes, que yo voy a dar una miradilla por la cuadra, (Aparte.) y a darle dos patás al Sargento.

Cor. Así, permitiréis que os acompañe.

Edu. Mi Coronel, no os molesteis, yo le acompañaré.

Chan. No, prefiero ir sólo.

Edu. Pero, papá.

Chan. He dicho que sólo.

Cor. Como gustéis. (Aparte a Fifi.) Hija mía, pregunta al general sus gustos respecto a la comida para que la preparen.

Fif. Mi general.

Chan. ¿Qué es eso de mi general? A mí me dice usted papá... papá.

Fif. Está bien. Papá, ¿qué deseárais para comer?

Chan. (Pensando.) Para comer... Un pollo asao, media docena de sardinas salás, una sebola machacá de un puñetaso, tres o cuatro botellitas de vino, postre, café, puro, coñá, argunos durses y... (Aparte.) Me voy a poner como el chiquillo del esquilaor.

Fif. ¿Qué más?

Chan. Si acaso se me ocurre algo más ya te lo avisaré, preciosidad.

Fif. Dentro de una hora estará la mesa puesta, y ahora me permitiréis que vaya a la cocina a dar las órdenes necesarias. (Medio mutis.)

Chan. Pero, hija mía, ¿te vas sin darme un beso?

Fif. Era por no molestaros...

Chan. (Va a acercarse a darla el beso y el teniente le detiene.) ¿Pero qué haces, niño?

Edu. Papá, respeta que está el Coronel delante.

Chan. Le daré otro beso a él para que no tenga selos.

Cor. No importa.

- Chan. ¿Lo ves tonto, cómo eso no importa? Con permiso. (A Eduardo.)
- Edu. En cuanto le pille sólo le destrozo. (Aparte.)
- Chan. Y ahora dejadme sólo, todo el mundo a casa. (A Eduardo.) Tú delante, el Coronel detrás y la última la niña. (Todos hacen mutis como él indica.) Así; porque si el teniente se queda el último me da una paliza; y ahora a buscar al Sargento pa darle la segunda tunda..., aquí viene. (Por la cuadra.)

ESCENA X

CHANCLETA y SARGENTO. Chancleta, al verle venir se oculta en el pabellón.

- Sarg. ¿Habrá vuelto ese bruto de Chancleta? La bronca que el general me ha largado se la reservo intacta a ese bruto.
- Chan. (Asomando la cabeza.) Y yo te guardo otra igual para ahora mismo. (Saliendo.) Ejém, ejém. ¿Qué hace usted aquí?
- Sarg. (Aparte.) ¡El general! Esperando a un soldado que se llama Chancleta.
- Chan. Pá darle algún recado con la punta de la bota, ¿no?
- Sarg. No, señor; porque es el soldado que más confianza tengo y quiero sea él el encargado de los caballos que ha mandado tener preparados el señor teniente.
- Chan. Pues que no se le olvide a usted que en el momento que reciba yo otra queja de usted le mando fusilar, y esas orejas se las lava otra vez. ¡A la cuadra!
- Sarg. ¡A la orden! (Mutis por la cuadra.)
- Chan. Estoy más contento que si fuera general de verdad.

ESCENA XI

GENERAL, CHANCLETA y luego EDUARDO

- Gen. (Desde la puerta.) Buenos días.
- Chan. (Encendiendo el pino y sin mirar atrás sigue sin contestar.)
- Gen. Buenos días.

- Chan. (Sin volver la vista y gritando.) Buenos días... que no soy sordo.
- Gen. ¿Se puede?
- Chan. Adelante... (Volviéndose y viendo al general dejar caer el cigarro.)
- Gen. (Aparte.) ¡Un general!
- Chan. (idem.) ¡Un general!
- Gen. (idem.) ¡Y se parece a mí!
- Chan. (idem.) ¡Y se parece a mí!
- Gen. (idem.) ¿Quién será este general?
- Chan. (idem.) ¿Quién será este general?
- Gen. Compañero... (Dándole la mano.)
- Chan. (Asustado) ¿Compañero de qué?
- Gen. De armas.
- Chan. (Aparte.) ¡Ay, Dios mío! Me veo pasado por las armas.
- Gen. ¿Qué raro es que no conozca yo a este hombre! Estoy cansadísimo, y veo que en este cuartel no disponen de ningún banco. (Mirando.)
- Chan. Si me achico soy perdido. ¡Animo! No, no hay bancos, compañero, pero siéntate ahí. (Le ofrece un cubo vuelto del revés y coge el otro.)
- Gen. (Aparte.) Este general me huele mal.
- Chan. ¿Y se puede saber el motivo de tu visita, compañero?
- Gen. Mis compañeros tienen derecho a saber todo lo que yo hago.
- Chan. Igual que los míos.
- Gen. Mi visita no tiene objeto ninguno; es sencillamente un recreo... Y vos ¿qué hacéis aquí?
- Chan. ¿Qué que hago yo aquí? Pues que he venido porque mi hijo está enamorado... ¡Ay!
- Gen. ¿Qué os pasa?
- Chan. El reuma. (Aparte.) Y que me parece que me entra de veras.
- Gen. Ya sé lo que es el reuma; lo estoy sufriendo hace cuatro años. (Aparte.) Se me figura que este general soy yo. Seguid vuestra peroración.
- Chan. Pues como decía, mi hijo, que es teniente de este regimiento, se ha enamorado de la hija del coronel y siempre estaba machacando... ¡Papá, ven a pedir la mano de la hija del coronel!. . ¡Papá, ven a pedir la mano de la hija del coronel!... Hasta que esta mañana me levanté de buen humor y

sin dolor de reuma, y me dije: voy a darle gusto a mi hijo, y he venido a hablar con el coronel.

Gen. (Decididamente este hombre me está su plantando; sigamos la farsa.) ¿Cómo es vuestra gracia?

Chan. Yo no tengo gracia pa ná.

Gen. Digo vuestro nombre.

Chan. ¡Ah! Chancleta.

Gen. ¿Sois vos el general Chancleta?

Chan. (Asustado) Sí.

Gen. Pues poquitas ganas que tenía yo de conoceros. He oído a varios de nuestros compañeros ensalzar vuestras dotes.

Chan. Es justicia que me hacen.

Gen. Si me permitís que pida yo la mano de la hija del coronel para vuestro hijo, me presto a ello.

Chan. (Rápido.) No, gracias, compañero; ya la tiene concedida.

Gen. (Sacando una caja de rapé.) ¿Gustáis un poco de rapé?

Chan. Por no despreciar... (Se pone rapé en la mano y se busca en los bolsillos.) ¿Tenéis papel de fumar? Yo me lo he dejao en el traje de faena...

Gen. (Aparte.) Me va divirtiendo este Chancleta. Tomad. (Le da papel de fumar.)

Chan. (Oliendo.) ¿Qué clase de tabaco es esta?

Gen. Un tabaco especial.

Chan. (Vuelve a oler.) ¡Atchís!... (Estornudando.) Camará y cómo pica la nariz; esto es polvillo, hombre, escorriuras. (Hace el cigarro y le devuelve la caja.)

Gen. Este tabaco es así; finísimo.

Chan. (Estornuda.) ¡Atchís!... ¡Atchís!... Esto es peor que el reuma.

Gen. (Toma un polvo y al verlo Chancleta queda asombrado.)

Chan. (Aparte) Este general fuma por la nariz.

Gen. Según tengo entendido sois paisano mío.

Chan. (¿De dónde será este hombre?) ¡Sí!

Gen. ¿Qué país tan hermoso!

Chan. ¡Oh!... Muy hermoso.

Gen. Aquellas montañas tan alegres...

Chan. ¡Oh!... Aquellas montañas siempre de broma... y aquella Girarda tan alta y aquel Guadalquivir... Pues, ¿y el puente de Tria-

na?... Vamos, que no encuentra ná mejor que aquello.

Gen. ¿Y cómo está de táctica este regimiento?

Chan. Muy bien... Precisamente lo que sobra en este regimiento es táctica.

Gen. Yo abomino de la táctica antigua.

Chan. Y yo también gomito de la táctica antigua.

Gen. ¿Qué táctica empleais vos?

Chan. ¡Arrea! (Aparte.) (¿Cuál digo?) Pues... empleo... según. Si se trata de mujeres empleo la táctica del tanteo; si es casada, cuando se entera el marido, empleo la del paso de ataque, y si se deja querer, en su lugar descanso. ¿Qué se deja dar un beso en la mano? Avancen. ¿Que me deja entrar en su casa y me recibe ligera de ropa?... A galope tendido.

Gen. ¿Y si viene el marido?

Chan. ¡Sálvese quien pueda!

Gen. Tenéis gracia, general.

Chan. Anda, y yo que creí que era un patoso.

Edu. (Desde dentro.) En seguida... Voy a un encargo.

Gen. (Aparte.) La voz de mi hijo.

Chan. Ahora sale mi hijo; ya verás qué guapo es, compañero. (El general se dirige al foro y Eduardo, sin verle, se dirige a Chancleta)

Edu. (saliendo.) Te voy a dar un puntapié... (Chancleta empieza a toser y a hacer señas a Eduardo para advertirle que hay otra persona en escena.)

Chan. Ven aquí, hijo mío, que te voy a presentar a un compañero.

Gen. (Se adelanta un poco.)

Chan. Mi general, ¿cómo os llamáis?

Edu. (Viendo al general.) ¡Mi padre! (Aparte.)

Gen. (Hace señas a Eduardo para que calle.) Cándido Lajara.

Chan. Ya lo has oído; Cándido Lajara, paisano mío, de Sevilla.

Gen. ¡Bravo, teniente! Ya sé que el coronel os ha cedido la mano de su hija.

Edu. ¡Estoy sin gota de sangre!

Gen. Creo recordar del teniente... ¿No teniais una tía?...

Chan. Sí, monja.

Gen. Y un tío que creo que era...

Chan. Verdugo; ese murió el mes pasado.

Gen. Tengo una idea vaga de vos, mi teniente.

- Edu.** ¡Yo lo que tengo es el cólera!
- Chan.** Aquí, mi compañero, querrá asistir a la boda. (A Eduardo.) Y ahora, si no tenéis prisa, esperaros un momento y os presentaré al futuro suegro de mi hijo y a la novia; y vaya una novia que se ha buscao, pequenita pero con más sal que una salina.
- Edu.** ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¡El juicio final!
- Chan.** Voy a llamar al coronel para que lo conozcáis. (Se acerca al pabellón.)
- Edu.** (Al general en voz baja.) ¡Papá!
- Gen.** ¡A callar!
- Chan.** (Llamando.) ¡Coronel!... ¡Coronel!... ¡Niña!...
- Cor.** (Saliendo.) ¿Qué desea mi general? (Viendo al general.) ¡Otro general!
- Fif.** (Saliendo.) ¿Qué ocurre? (Aparte, viendo al General.) ¡Dios mío, será el padre de Eduardo!
- Chan.** Aquí os presento a un compañero mío que tiene grandes deseos de conoceros. El general...
- Gen.** No os molestéis que yo mismo haré la presentación.
- Chan.** ¡Qué campechano es!
- Gen.** (A Fifina.) Vos, encantadora niña, seréis Fifina, la hija del coronel. Vos, mi coronel, el futuro suegro de mi hijo...
- Todos** ¿Cómo?
- Gen.** Yo soy el padre de Eduardo y futuro suegro de esta preciosa criatura.
- Chan.** Y yo soy un cadáver, porque me estoy viendo fusilado.
- Cor.** ¿Qué significa esto?
- Chan.** (Arrodillándose.) ¡Creo en Dios padre!... ¡Creo en Dios hijo!...
- Cor.** (Al general.) ¡Mi general!...
- Gen.** No tengan ustedes cuidado; muchacho, descansa, que nada malo te ha de ocurrir; me ha hecho gracia la estratagema y me has divertido un rato; hasta creo que me has quitado el reuma.
- Chan.** Y ahora lo padezco yo.
- Gen.** Coronel: he creído adivinar que es mi hijo el causante de todo este enredo y al único que castigo es a él.
- Chan.** Mi general; el castigo que tengáis que imponerle al teniente, imponérmelo a mí.
- Gen.** Tienes buenos sentimientos. Nada, está dicho, y puesto que ya me he presentado...

venga esa mano, coronel, un abrazo, nena, y un tirón de orejas a mi hijo...

Chan.

¡Quiera Dios que no me toque a mí las orejas! (Chancleta se queda con los brazos abiertos esperando un abrazo.) A mí que me parta un rayo.

Gen.

Tú serás desde hoy mi asistente y quedas a mis órdenes.

Chan.

¡Me perdona! (Al general.)

Gen.

Perdonado.

Chan.

Me perdonó el general,
acabaron mis temores,
ahora suplico un aplauso
en nombre de los autores.

FIN

Obras de Leopoldo G. Blat

El regalo del chico, sainete en un acto. En colaboración con Quilis Pastor. Música de Ortiz de Zárate.

Portfolio del Teatro Nuevo, revista en un acto y cuatro cuadros. En colaboración con Quilis Pastor. Música de F. Caparrós.

Tenorio taurino, parodia de *Don Juan Tenorio*. En colaboración con Quilis Pastor.

Chancleta, astracanada en un acto. En colaboración con Vicente Oliver.

Taruquete, juguete cómico en un acto. En colaboración con Vicente Oliver.

La gente del pueblo, sainete en un acto. En colaboración con Vicente Oliver.

Dos hermanas y un primo, vaudeville en un acto.

Tocando a Gloria, vaudeville en un acto. En colaboración con Vicente Oliver.

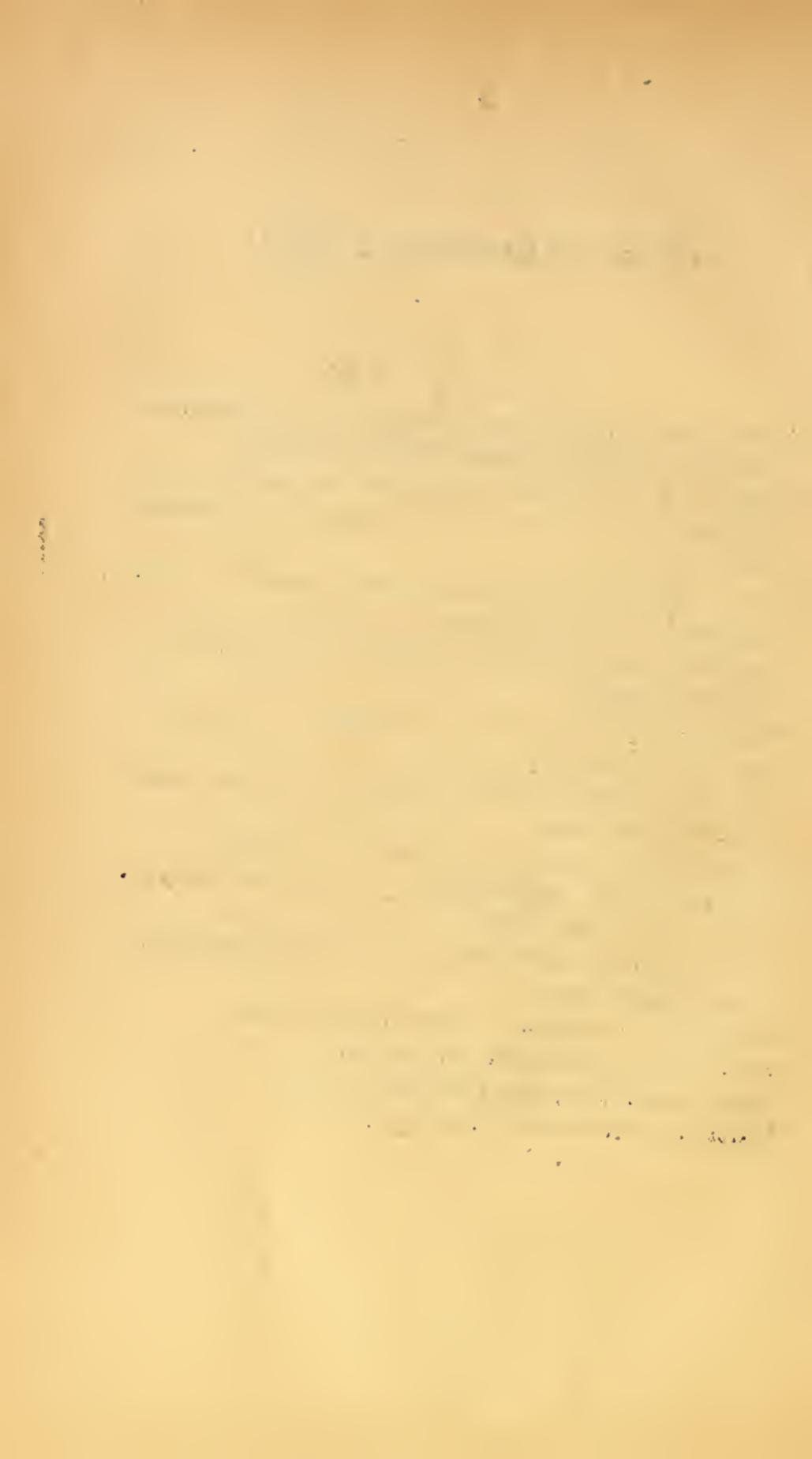
Tres .. y Clarete, vaudeville en un acto. En colaboración con Vicente Oliver.

Con la vela en la mano, vaudeville en un acto.

De tal palo..., vaudeville en un acto.

Aquí estamos todos, vaudeville en un acto.

Todos uncs, vaudeville en un acto.





Precio: 1,50 pesetas